

Avatares de la etnografía

Mirza Mendoza Rico*

El INAH surgió y se ha desarrollado dentro de una política de Estado orientada a la construcción de la identidad nacional a partir de la conformación de símbolos que contienen un sustrato indígena relevante, aunque en principio vinculados con el propósito de la integración nacional, y desde hace casi un siglo ha cobijado investigaciones centrales en la perspectiva de caracterizar culturalmente a la sociedad mexicana.

En la última década del siglo xx se configuraron escenarios que dieron paso a cuestionamientos hechos precisamente por los pueblos indígenas que en origen habitaban el actual territorio nacional; estos cuestionamientos se expresaron concretamente en 1996, a través de los Acuerdos de San Andrés, y provocaron nuevas reflexiones y labores en torno a lo que concebíamos como realidad mexicana, que dieron lugar a redefiniciones del Estado relacionadas con nuevas maneras de pensar y aplicar políticas adecuadas para un país innegablemente diverso.

En ese contexto es viable pensar en la construcción de planteamientos de investigación que sustentarían, a partir de esfuerzos colectivos de distintos niveles, la posibilidad de entender la existencia de una nación pluriétnica y multicultural. Un ejemplo de esto es el proyecto nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Esta iniciativa académica tuvo su origen en la Coordinación Nacional de Antropología en conjunto con el Conacyt y comenzó sus labores en 1999. Desde entonces nos ha confrontado ante distintos desafíos, proporcionales a la madurez de nuestra formación y experiencia como investigadores, a los planteamientos del propio proyecto en sus distintos momentos y a los contextos particulares de nuestro ejercicio, con lo que ha generado diversas contribuciones para comprender y atender las problemáticas que identifican a las propias regiones indígenas de nuestro país.

Mi participación en el proyecto hasta 2014 sustenta algunas reflexiones sobre ese ejercicio etnográfico, vertidas aquí como parte de las repercusiones de nuestro trabajo en relación con distintos niveles de actuación en el estado de Querétaro.

La etnografía como un conjunto de procesos descriptivos continuos, como productos que dan cuenta de la variabilidad cultural, como vías para identificar realidades, las de otros y las nuestras, para nombrar pueblos y culturas, respondiendo a las preguntas enmarcadas en la sensibilidad histórica, es una herramienta central en la construcción de una sociedad incluyente.

Como parte del proyecto, estudiantes de antropología fuimos convocados por diversas escuelas donde nos formábamos –mediante las necesidades del servicio social de los proyectos vigentes para cada institución o como asistentes de investigación– y contratados de manera diferenciada por los investigadores adscritos a diversos centros regionales del INAH, muchos de los cuales, de

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH (mirza7mx@yahoo.com.mx).

trayectorias ampliamente reconocidas, serían nuestros coordinadores y guías en un valioso proceso formativo.

En una primera fase del proyecto (1999-2005) nos abocamos a la renovación de la información sobre los grupos indígenas de nuestro país, con las actividades estructuradas por el planteamiento académico de una línea de investigación y su discusión en el Seminario Permanente de Etnografía, temporadas de campo, discusiones en el interior del equipo, así como por los comentarios que compañeros de otros equipos hacían a nuestra labor cuando ésta se colectivizaba en documentos de trabajo. Todos estos recursos de enseñanza-aprendizaje se han construido durante años y en ellos la crítica siempre se ha podido manifestar, aunque no siempre se entienda bien cómo hacerlo.

Se hablaba de la manera de plantear el problema de la región y, con esto, de la forma en que la antropología mexicana hablaba de “las comunidades indígenas”, enfatizando en las interacciones en que podían encontrarse con las poblaciones mestizas; enunciando, pues, que las condiciones de desigualdad en que vivimos son comprensibles sólo en esa relación.

A partir de esa postura se ofrecieron disertaciones diversas sobre grandes temas, como la organización social, el territorio, la identidad étnica, la religión y la migración, las cuales sustentaron etnografías originales que aportaron análisis a partir de registros directos, realizados por los integrantes del equipo de investigación.

La población indígena, concebida a principios del siglo xx como un problema por resolver, se re-creaba para nosotros como un campo fértil para nuevos cuestionamientos y por lo tanto reforzaba la necesidad de poner atención en la forma de hacer y divulgar la etnografía, por lo cual pensamos en estrategias que volvieran palpables nuestros avances no sólo para el consumo especializado, sino también para el común de la población.

En nuestro caso, desde el principio se planeó la creación de la sala permanente de los pueblos indios de Querétaro, que a finales de 1999 se inauguró en el Museo Regional del estado. Allí se observan las formas en que las poblaciones ñãñhõ, chichimecas-ñãñhä y xi'oi conciben su grupo familiar y su manifestación espacial, algunas de sus expresiones lingüísticas y los espacios geográficos donde se asientan, además de muestras del arte pensado para distintas prácticas rituales. Las reacciones que suscitó fueron elocuentes, como un acto que cuestionaba de hecho los discursos de las elites que enarbolan el orgullo criollo y pretendían al mismo tiempo invisibilizar la presencia indígena contemporánea,

como uno de nuestros primeros pasos hacia el reconocimiento de la diversidad y al mismo tiempo como uno de los resultados que cimentó el proyecto en el estado.

Durante la segunda etapa (2005-2008), y desde nuestra participación con el atributo de ser investigadores contratados, con relaciones de años establecidas con las personas que conocimos en campo, nuestro trabajo se centró en temas que situaban formas distintas de concebir universos, de los especialistas rituales que tienen palabras que sanan, que transforman realidades y lo que en ellas existe y actúa. Hablamos entonces del chamanismo y el nahualismo indígenas, de cosmovisiones, de mitología y su contraparte ritual. La riqueza de estas expresiones indígenas no dejó lugar a dudas de la relevancia que la población indígena tiene para los valores culturales del estado, para una tradición que se sustenta como propia. Todo esto se tradujo en el trabajo de colaboración iniciado en 2007 con otras instituciones estatales y federales para la conformación de un expediente técnico que dio lugar a que Tolimán ingresara en 2009 a la lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad ante la UNESCO, con la denominación de “Lugares de memoria y tradiciones vivas de los otomí-chichimecas de Tolimán: la Peña de Bernal, guardiana de un territorio sagrado”.

La tercera y actual fase del proyecto, que también comenzó en 2009, trabaja en torno al patrimonio biocultural de los pueblos indígenas. Esta propuesta derivada del interés por enunciar las preocupaciones de las poblaciones indígenas también es posible dado el bagaje de conocimientos y experiencia del proyecto y el ejercicio profesional que se sustenta como investigadores –contratados, sí, pero investigadores al fin.

La observación no es menor, si pensamos que muchos de los elementos que hoy se disputan –no en un estado o en nuestro país, sino en el mundo– son elementos que forman parte de sistemas de conocimiento indígena, de prácticas de conservación y manejo de recursos que sustentan la diversidad biológica y cultural, de territorios étnicos que contienen todo aquello que hoy se valora bajo el esquema del bienestar y la riqueza capitalista. Esas expresiones culturales pensadas como patrimonio biocultural, defendido en distintas arenas, sugieren una actuación de la etnografía que piense, sustente, diseñe y posicione las voces de la población indígena. En este sentido, hemos observado la importancia de la etnografía en la conformación de los peritajes antropológicos y de la atención a denuncias que se advierten en las ventanillas de los centros regionales del INAH,

que en muchos casos se centran en los riesgos que la población advierte sobre el manejo de sus espacios y de los elementos que allí se encuentran.

Esta breve recapitulación sobre la etnografía en un proyecto con gran singularidad y sus incidencias en con-

textos regionales nos conduce a reiterar la invitación para darnos tiempo de revisar su producción académica y de visualizar nuevas formas de difundir aquello que se ha producido, no sólo para hablar de la diversidad cultural, sino también para vivir de acuerdo con ella.



Interior de una cocina, Cuentepec, Morelos, 2004 **Fotografía** © María del Pilar Angón Urquiza